

LAS PARADOJAS DE CHESTERTON

El 29 de mayo de este año se cumple un siglo del nacimiento de Gilbert Keith Chesterton, que murió en el año 36, en los inicios de una década particularmente atroz para España y para Europa. Con el motivo, trivialmente convencional, del centenario, quizá no sea inoportuno repasar un poco la figura y la obra de uno de los escritores más notables de nuestra época. Fue, sin duda, el más personal e inconfundible de todos: si alguien tuvo alguna vez una voz propia, ese fue Chesterton. Amante de las paradojas, de las que usó y abusó con virtuosismo escandaloso y agotador, todo fue paradójico en él: reaccionario antilimperialista y antimilitarista, humorista cristiano, optimista enamorado del medievo, periodista teológico, combatió todas las ideas prestigiosas de sus contemporáneos hasta hacerse adorar por ellos, y logró transformar a un cura papista en el personaje más popular de la anglicana Inglaterra. En toda su vida, poesías aparte, no escribió más que polémicas contra algo o contra alguien, por lo que no tuvo más que amigos y fue querido entrañablemente por las víctimas de sus invectivas. Los paganos de su época defendían el ascetismo, la abstinencia, el vegetarianismo y la seriedad; él propugnó, desde el cristianismo, los encantos de la cerveza y los buenos asados, de la risa y los goces del cuerpo. Su ídolo era el hombre de la calle, corriente y mollente, pero no logró presentar ni un solo espécimen en sus narraciones: todos sus personajes son filósofos, santos, teólogos o demonios. Conservador en todo, respetuoso de las formas literarias tradicionales, escribió parábolas tan originales que no se las puede encuadrar en ningún género conocido; hizo auténtica literatura experimental, sin precedentes ni seguidores, con la única excepción, quizá, de Borges. Parece el hombre más festivo y bonachón del siglo, pero tiene un inigualable talento para lo macabro y lo inquietante, que llega a producir escalofríos no

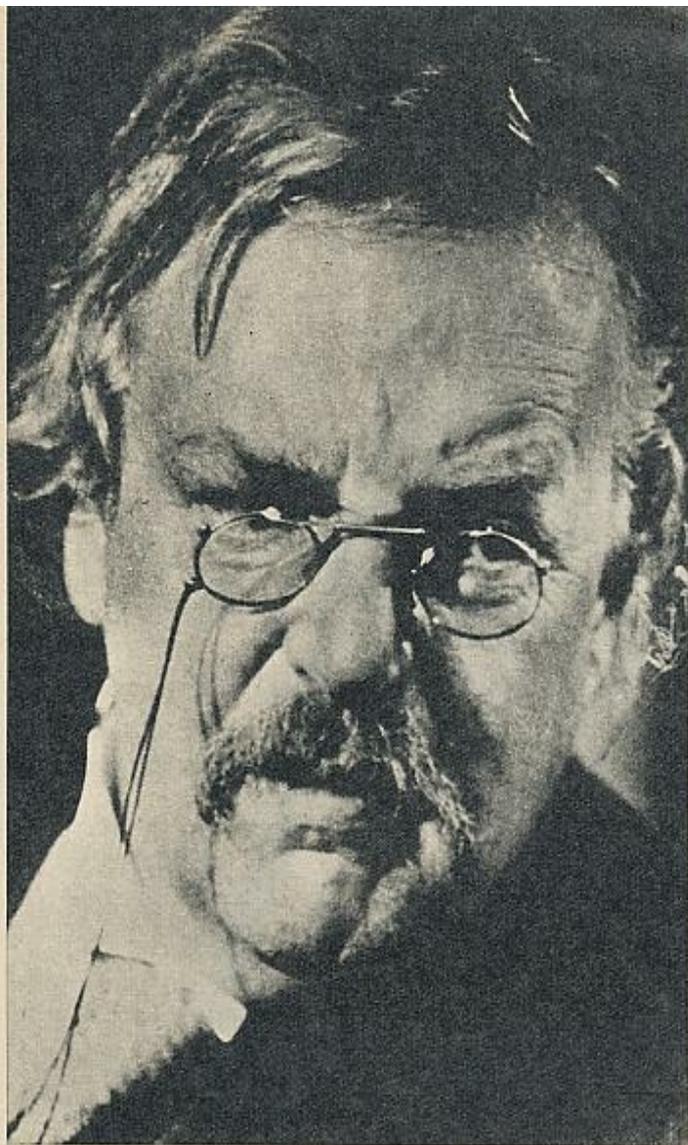
dignos de Lovecraft: «Si un hombre camina siempre hacia Occidente hasta el fin del mundo, se encontraría con algún objeto —un árbol, por ejemplo— que fuera algo más o algo menos que un simple árbol: un árbol habitado por un espíritu; y si caminara siempre hacia el Oriente hasta el fin del mundo, se encontraría algo que no fuera enteramente idéntico a sí mismo: por ejemplo, una torre cuya sola arquitectura fuese pecado» («El hombre que fue Jueves»). Entre alarmantes carcajadas, asoman a veces imágenes de pesadilla que justifican lo que de él dijo Borges: «Hubiera podido ser un Edgar Allan Poe o un Kafka; prefirió —debemos agradecerse— ser Chesterton».

En España, Chesterton es un nombre que «suena» francamente mal: a autor recomendadoísimo por el padre Ladrón de Guevara en sus «Lecturas buenas y malas», a miembro destacado de aquellos «novelistas de hoy» que poblaron los años cincuenta: Viki Baum, Lajos Zilahy, Somerset Maugham, Louis Bromfield, Stefan Zweig, Cecil Roberts..., a lectura tolerada, en suma, en una época en que sólo interesaba leer lo prohibido y precisamente por prohibido. Pero, ¿era de verdad Chesterton tan tranquilizador y edificante como pudiera en principio pensarse? Políticamente, su reaccionarismo es, como ya he sugerido, menos incontestable de lo que parece, lo que quizá sólo venga a significar que, en contra de los maniqueos, la reacción y el progreso no sean términos inequívocos de calificación. Por ejemplo: de todos los grandes escritores de su época a quienes acusó de «herejes» en su panfleto del mismo título —y que eran, recordémoslo, Kipling, Wells y Shaw—, ninguno fue tan abiertamente pro-bóer y antiimperialista como él. Pero sus argumentos son característicamente paradójicos: los anti-bóers defendían el Imperio en nombre de su amor a la nación inglesa; Chesterton repuso que él era mucho más nacionalista; tan nacionalista, que

admiraba todos los nacionalismos y repudiaba los Imperios. Reprochó a Kipling su fascinación por los ejércitos bien disciplinados y la policía infalible, pero se lo reprocha con argumentos patrióticos, pues más disciplinado es el ejército del Káiser y más eficaz la policía francesa que sus modelos ingleses: quien adora el militarismo y la disciplina, adora una abstracción sin patria y es insolitario del ideal auténticamente nacional. En cualquiera de los tres herejes es más fácil encontrar rasgos de los que luego el fascismo exaltó que hallarlos en Chesterton: recordémos el mencionado militarismo imperialista de Kipling, la aristocrática afición al superhombre de Shaw, el mecanismo selectivo de Wells, que le llevó a desear que gobernasen lo que Gobineau llamaba «los hijos del rey». Chesterton, pese a alguna alusión malhumorada a la «banca judía» —los banqueros son para él lo que los prestamistas para Valle-Inclán—, defiende ideales tan poco grandilocuentes y tan jubilosamente burgueses, tales como la vida familiar, las alegrías de las pequeñas comunidades agrícolas, la armonía de los amigos en la taberna una noche de sábado, que no hay mucho que hacer con él si se buscan argumentos para la belicosidad fascistoide. Entiéndase bien: no quiero rizar el rizo ni denigrar por la estúpida vía política a tres escritores admirables como creadores y como planteadores de la problemática social; trato, sencillamente, de deslindar a Chesterton de los habituales turiferarios de Imperios y Cruzadas. Así, cuando Bertrand Russell buscó firmas en apoyo de la protesta por la expulsión del biólogo ateo J. B. S. Haldane de la institución científica en que profesaba, una de las primeras recogidas fue la de Chesterton.

Chesterton detectó infaliblemente algo de lo que hoy está ya convencido casi todo el que no milita en algún milenarismo reductor: que hay una superstición de lo moderno y lo progresista, y que esa superstición no es par-

ticularmente estimable desde el punto de vista de la liberación de los hombres. Desplegó para atacar las creencias modernas el mismo implacable ingenio que Voltaire o Diderot para denostar las creencias tradicionales. Fue un Luciano conservador y religioso. Pero, curiosamente, la impresión que se desprende de sus escritos apologeticos es todo menos tranquilizadora: Chesterton es más inquietante que cualquier escritor subversivo, y por eso su lectura sigue siendo apasionante, incluso para quienes están en los antípodas de su pensamiento. Halla unos argumentos a favor de la ortodoxia que la hacen más fantástica y caprichosa que la herejía. Utiliza constantemente la paradoja, porque, como dice en «El hombre que fue Jueves», «una paradoja puede despertar en los hombres la curiosidad por una verdad olvidada»; es cierto, pero también descubre la fragilidad de toda verdad. La resolución de sus paradojas es impecablemente lógica, pero su incansable encadenamiento acaba con toda lógica, lo mismo que Carroll termina por volver locos a los silogismos a fuerza de hacer a la locura silogística. Sus razonamientos repiten tanto la pirueta en el vacío, que al final lo único que se recuerda de ellos es el vacío; salva lo que defiende, pero después de haberlo puesto en un peligro tan grande, que impresiona éste más que la salvación misma. El estilo de su defensa de la fe refuerza precisamente la convicción del escéptico: todo puede defenderse, incluso lo que no vale, porque todo vale. Defiende el catolicismo, por ejemplo, pero de un modo que no huele ni poco ni mucho a católico; como dice el escritor mejicano Alfonso Reyes, que tradujo en excelente prosa sus obras más importantes, «se da el caso extraordinario de un expositor de la doctrina católica que en vez de valerse de los argumentos adustos, se vale de los argumentos alegres, como si su vino religioso se resintiera de los odres paganos...». Exactamente, pero, ¿qué otra cosa son



Fernando Savater

cristianismo o paganismo, sino estilos? ¿Cómo defender al uno reverenciando las formas del otro? No es de extrañar que un marxista de excepción, Ernst Bloch, viera en Chesterton una excelente ejemplificación de la dialéctica hegeliana; en cambio, el padre Tonquedec («G. K. Ch., ses idées et son caractère») se alarma de que en su «Ortodoxia» Chesterton, para refutar el determinismo científico, aniquila todas las leyes de la naturaleza y la naturaleza misma, haciendo de Dios la pura arbitrariedad, el azar: ¡y todo esto, en nombre del más riguroso sentido común! Con aliados como éste sobran los enemigos, debía decirse el buen cura.

La ambigüedad es la característica fundamental de este supuesto adalid de la nitidez de la tradición; cuanto más defiende lo claro y lo sencillo, más se siente llamado a utilizar como argumentos lo turbio y lo complejo. En la serie de relatos titulada «El hombre que sabía demasia-

do» se exaltan el amor a Inglaterra y los supremos intereses de la patria: ello se logra mediante historias en las cuales el primer ministro planea y lleva a cabo con sus propias manos el asesinato de un chantajista, un personaje de la familia real vende el patrimonio nacional para gastárselo con una mujer, todos los miembros del gobierno se revelan como corruptos, débiles y viciosos, el Imperio es un amasijo de engaños e intereses que se mantiene apoyado en el prestigio equivoco de un criminal, las elecciones sólo sirven para que nada mejore, aristócratas de pacífico aspecto guardan el orgullo bestial de los señores de horca y cuchillo medievales, etcétera. Los caminos del Señor son misteriosos, pero Chesterton se lo ha tomado tan en serio, que los recorre además de espaldas. En «El hombre que fue Jueves» hay una memorable disputa entre un anarquista y un conservador respecto al Metro; el anarquista sostiene

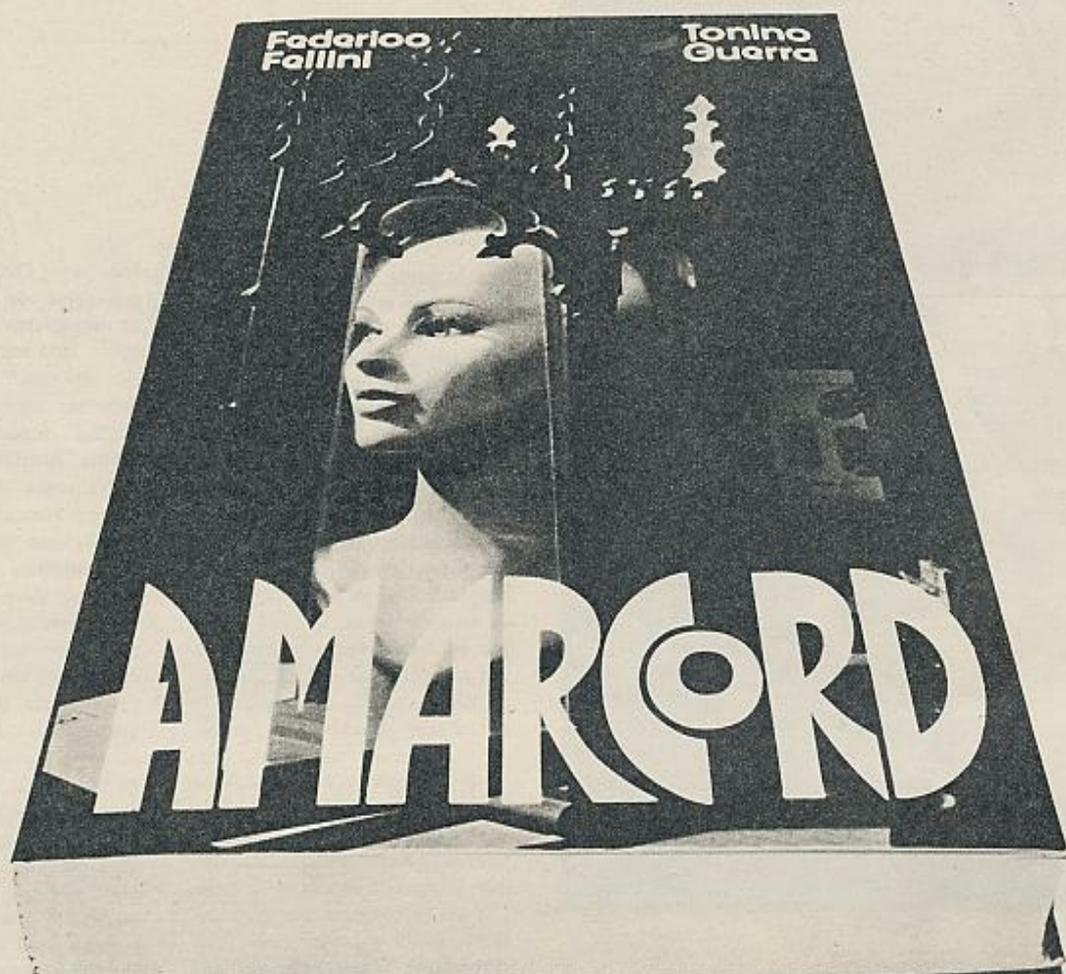
que la gente va triste en el Metro porque el tranvía anda bien y no puede más que llevarles al sitio para el que han comprado el billete, y después de Sloane Square deben llegar a la estación Victoria, pero «¡oh, raptó indescriptible, ojos fulgurantes como estrellas, almas reintegradas en las alegrías del Edén, si la próxima estación resultase Baker Street!»; el conservador le responde que lo raro y hermoso es tocar la meta, lo fácil y vulgar es fallar: «Le aseguro a usted que cada vez que un tren llega a la estación, siento como si se hubiese abierto paso por entre baterías de asaltantes, siento que el hombre ha ganado una victoria más contra el caos. Dice usted desdeñosamente que después de Sloane Square tiene uno que llegar por fuerza a Victoria.

Y yo le contesto que bien pudiera uno ir a parar a cualquier otra parte, y que cada vez que llego a Victoria vuelvo en mí y lanzo un suspiro de satisfacción. El conductor grita: «¡Victoria!», y yo siento que así es en verdad y hasta me parece oír la voz del heraldo que anuncia el triunfo. Porque aquello es una victoria: la victoria de Adán». El conservador aboga por la poesía de la cotidianidad porque la cree frágil e improbable; aprecia el orden porque está convencido de la realidad poderosa del caos. El anarquista va mucho más seguro y confiado por el mundo que él; sólo quien cree en la perfecta solidez de lo existente considera poético que de pronto cambiase. Suspira porque pase cualquier cosa quien ciertamente cree que no pasará más que lo que las leyes de la naturaleza determinan; quien no cree en estas leyes, sino en el azar, agradece humildemente que vuelva a darse la improbabilidad de lo normal. Así, lo establecido se apoya en la presencia caótica del albur, mientras que la revolución confía al proclamarse en la inmutabilidad de lo vigente.

Bien pensado, no deja de ser pasmoso que la ambigüedad se cebe tan provocativamente en los

relatos de Chesterton, siendo así que éstos son todo lo contrario de narraciones, es decir, son parábolas. Una narración pura —«La isla del tesoro», por ejemplo— debe ser ambigua, con la ambigüedad misma de los hechos; Walter Benjamin lo explica magistralmente en «El narrador», ensayo recientemente publicado en «Revista de Occidente». Pero una parábola quiere ilustrar un punto de vista doctrinal, resaltando su verdad y refutando las teorías opuestas; si una parábola ejemplifica tanto una virtud como su contraria, si de ella puede deducirse cualquier cosa y ninguna deja plenamente satisfecho, no cabe duda de que ha fracasado en su misión. Chesterton nunca escribió para contar algo, sino para ensalzar, denostar o refutar algo: por ello es tanto más sorprendente que no sepamos exactamente qué es ese algo o, mejor, que conozcamos sus opiniones doctrinales, pero encontremos en las parábolas destinadas a confirmarlas argumentos en su contra o a favor de otras extrañas opciones. Considerémos, por ejemplo, esa fantasmagórica pesadilla que es «El hombre que fue Jueves». Resumo su argumento, por si el lector lo ha olvidado: en una Inglaterra y una Francia hechizadas —nunca hay paisajes reales en Chesterton— se enfrentan una poderosa organización anarquista, cuyo último objetivo es aniquilar toda forma de sociedad humana, es decir, matar a Dios, y un cuerpo especial de policía dedicado inmisericordemente a combatir la anarquía; los anarquistas son dirigidos por un gran consejo de siete miembros, llamados con los nombres de los días de la semana, cuyo presidente es un indeciblemente grueso y voluminoso personaje titulado Domingo; los policías son mandados por un jefe secreto, omnisciente, cuya voz resuena en una habitación oscura. Un policía logra infiltrarse en el gran consejo, con el nombre de Jueves; poco a poco va descubriendo que todos los restantes miem-

ES NECESARIO LEER...



200 pesetas

de Fellini, antes de ver la película,
en la nueva colección **WEEKEND**



ALGO VA A SUCEDER
y otros relatos, de Heinrich Böll
Nueva galería literaria. 325 pesetas.

LA GALERIA DE LOS UFFIZI
Grandes Museos n.º 3. 600 pesetas.

CLAUDE MONET
Clásicos del Arte, n.º 37. 400 pesetas.



¿NIÑO O NIÑA?
Ahora puede elegir
el sexo de sus hijos
Dr. Shettles y Rorvik.
175 pesetas.

Son libros **NOGUER** Distribuidos por **NORILDIS**

Solicite estas obras a su librero habitual o pida información sin compromiso.
por medio de este cupón
Nombre _____
Apellidos _____
Profesión _____
Calle _____
Ciudad _____
Provincia _____
Recorte este cupón y envíelo
en un sobre a NORILDIS
Paseo de Gracia, 98.
Barcelona 8

LAS PARADOJAS DE CHESTERTON

bros del consejo también son policías; finalmente, el presidente, Domingo, les revela que él es el jefe de policía que les dirigía desde la habitación en tinieblas. La novela —si se la puede llamar así— es una singular obra maestra de ritmo, misterio, ingenio y comicidad. Pero, ¿quién es ese Domingo monstruoso y bifronte, cuyo físico tanto le asemeja al propio Chesterton? La onírica escena que cierra la novela le hace manifestarse como «el Sabbat, la paz del Señor». ¿Será una alegoría de Dios, en la que se reconcilian el bien y el mal? En tal caso, fracasa, pues el verdadero anarquista, Gregory, y uno de los policías se niega a acatar este «happy end»; además ha estado mezclado demasiado claramente en crímenes y atentados como para que su indentificación con la Divinidad no resulte blasfema. Chesterton, en su «Autobiografía», niega escandalizado esta identificación y proclama, inconsistentemente, que Domingo es símbolo de una versión panteísta de la naturaleza; pero ni se sabe qué pinta la naturaleza como árbitro y motor de un conflicto ético ni resuelve el asombro de algunas caracterizaciones de Domingo —fundamentalmente, sus manifestaciones burlescas y arbitrarias, como las de su huida, en la que arroja mensajes absurdos a sus exasperados perseguidores—. Parece evidente que Chesterton pretendió, en un primer momento, pintar al Dios cristiano bajo los rasgos hiperbólicos de Domingo; después advirtió, con secreto azoro, que el retrato no se parecía precisamente al que la tradición nos lega: jubiloso, arbitrario, desentendido de la moral, absurdo y risueñamente cruel, el dios pintado no era judío, sino griego; no era el Crucificado, sino Dionisos. De aquí el balbuceante repliegue de la «Autobiografía» y la insistencia en el revelador subtítulo —«Pesadilla»— del relato.

Lejos de mí la prosaica tentación de afirmar que Chesterton, como sólo gozaba jugando a los sabios despropósitos, eligió precisamente las causas que le parecían más indefendibles para ejercitarse briosamente en la paradoja. No, esto no sería nada poético, por emplear su lenguaje; lo

auténticamente poético es suponer, a pesar de todo, que Chesterton creía a pies puntillas en lo que defendía. No crecer en lo improbable está al alcance de cualquiera: lo memorable es saberlo improbable y creer. Chesterton oteó la negrura que nos envuelve como pocos; penetró en la nada como raros nihilistas se han atrevido a hacer: vio con claridad la amarga certidumbre del caos y eligió la dramática inverosimilitud del cosmos. La base de su filosofía fue lo que llamó en su «Autobiografía» el arte de ponerse límites: «Es el mismo juego que he jugado yo amontonando todas las cosas predilectas en un sofá e imaginando que la alfombra, en torno mío, era el mar que me rodeaba. El juego de ponerse límites a sí mismo es uno de los placeres secretos de la vida. Está dominado siempre por el principio de división y restricción, que empieza con el juego que jugaba el niño con las losas del empedrado». Aceptar gozosamente los límites: no ser capaz de esto es lo que reprocha Chesterton al hombre moderno, que sueña con un progreso infinito, con un Imperio siempre en extensión, con la acumulación de bienes incontables, con una razón que desnude todo misterio, con una libertad sin barrera ninguna... Sólo lo limitado es concreto, sólo lo limitado puede complacerse el hombre. Por olvido de esta verdad elemental, los modernos se debaten en las más insatisfactorias de las abstracciones, en el materialismo.

Desconcertante y esquiva, más perturbadora que ninguna, la figura de Chesterton es una enorme mole humana que se aleja, entre carcajadas, a lomos de un veloz elefante blanco. En vano nos fatigamos persiguiéndola, pues es inasequible. Quizá desde la urgencia de su huida nos arroje un papel prolijamente doblado, donde esperemos encontrar su auténtico mensaje y en el que leamos: «Vuestra belleza no me ha dejado indiferente.—De parte de Copito de nieve» o «Espero que no intervenga el Archidiácono, porque la cosa es extremadamente grave: ¿dónde están tus chanclos?». ■ F. S.

